ARENGA DE DEMOSTENES POR LA PAZ,

Traducida del griego al francés por Auger,
y del francés al castellano
por el Illmo. Sr. Dr. D. Clemente de Jesus Munguía,
dignísimo Obispo de Michoacan.

Queriendo Filipo, Señor de Olyntia y de todas las ciudades vecinas, pasar precisamente las Termópilas para concluir la guerra de Fócide; y siéndole indispensable para ésto remover con halagüeñas promesas los obstáculos que podian oponer á sus proyectos los atenienses, les hizo algunas propuestas valiéndose de los partidarios que tenia en la misma Aténas. El rey de Macedonia supo con su política halagar tan bien los espíritus, que los atenienses, aunque al principio se dividieron en dos facciones, una de las cuales, á que pertenecia Eschines, rehusaba completamente la paz, se avinieron á admitirla, y fué concluida en efecto, despues de várias embajadas de una y otra parte. Todo pareció disponerse con mucha ventaja para es-

te príncipe. Habíase apoderado de la mayor parte de la Tracia aprovechando la dilacion en que estaban para proporcionarle esta ventaja los diputados de Aténas adictos suyos en la mayor parte, y que habian sido enviados á él con el fin de recibir su juramento y concluir la paz. Se valió de Eschines, hechura suya, con el objeto de adormecer á los atenienses con promesas que estaba muy léjos de cumplir. Entre tanto se apodera de las Thermópylas: pasando en seguida á la Fócide, derrama el espanto entre los fócios, que creyéndose vencidos, piden la paz y se le entregan á su arbitrio; reune inmediatamente el consejo de los Amphyctiones, y declarándose vengador de Apolo, los establece, sin omitir solemnidad ninguna, jueces soberanos para castigar el sacrilegio cometido por los fócios; por último, á nombre de estos jueces, sometidos siempre á su voluntad, ordenó entre otras cosas, que se arruinasen las ciudades de la Fócide. Más como Filipo, con la mira de remover los obstáculos que podrian frustrar sus designios, habia reunido á solo aquellos Amphyctiones que eran sus partidarios, le era necesario recabar de los atenienses y de otros pueblos principales el que ratificasen el decreto que lo declaraba miembro de los Amphyctiones; pues no habiendo tenido parte alguna en su nombra-

miento y perteneciendo por otra parte á este consejo, podrian muy bien desechar esta nueva eleccion.

En la junta convocada por los atenienses para deliberar sobre el partido que debia seguirse, muchos se opusieron abiertamente á las pretensiones de Filipo. No era de este número Demóstenes, que sin haber aprobado nunca la paz ajustada con aquel, tampoco reputaba conveniente romperla, ya que estaba hecha. A fin, pues, de persuadir al pueblo de la importancia de su consejo, sube á la tribuna, llama su atencion, y les habla de esta manera:

"Embarazosa y muy difícil, ¡oh atenienses! es la deliberacion que al presente nos ocupa, en razon de que por una parte vuestra negligencia os ha ocasionado grandes pérdidas, sobre las que seria inútil detenernos; y por otra parte, no pudiendo hallarnos conformes acerca de los medios de conservar lo que nos queda, estamos siempre divididos en punto á nuestros verdaderos intereses. Un defecto, que os es propio, aumenta la dificultad: en lugar de aplicaros á prevenir el mal, deliberais cuando ya está consumado; y por una consecuencia inevitable de este sistema, al mismo tiempo que aplaudís al orador que os reprocha vuestras faltas, dejais que se os

escapen los negocios cuando parece que ocupan más vuestra atencion. A pesar de estos obstáculos que oponeis, me lisonjeo, y esto es lo que me ha determinado á subir á la tribuna, de que si renunciando á todo espíritu de contienda, quereis escucharme con la tranquilidad de un pueblo que delibera sobre los intereses de la patria y los negocios de la mayor importancia, mis consejos y discursos os pondrán en estado de mejorar vuestra condicion y reparar vuestras pérdidas.

Yo sé que hay un medio, cuando se quiere echar mano de él, para conseguirlo todo de vosotros, y es que el orador hablando de sí mismo, os recuerde los dictámenes que en las circunstancias se hayan abierto; pero á mí me repugna tanto este medio, que me causa mucha pena recurrir á él, por más convencido que esté de su necesidad; y si estoy resuelto á emplearle en la ocasion presente, es por hallarme persuadido de que juzgaréis mejor de mis consejos, si al tiempo de exponerlos, os recuerdo algunos de aquellos que en iguales circunstancias os he dado.

Cuando por las turbulencias de la Eubea se os aconsejaba socorrer á Plutarco, y encargaros de una guerra tan dispendiosa como poco honorífica, yo fuí el primero y el único que subí á la tribuna para combatir este dictámen, y en-

tónces faltó muy poco para que me redujeran á pedazos aquellos pérfidos que, arrastrados por un vil interés, os comprometieron en mil enormes faltas. El deshonor de que os cubrió esta guerra, y los insultos que sufrísteis, tan grandes como ningun pueblo habia llegado á sentirlos de parte de aquellos á quienes queríais socorrer, os hicieron reconocer bien pronto la rectitud de mis opiniones y la perversidad de los ciudadanos que os habian dado tan malos consejos.

En otra ocasion, viendo al cómico Neoptolemo obtener de vosotros por su arte toda clase de licencias, dar mortales golpes á la República, abusar de su crédito para emplear todas vuestras fuerzas y todos vuestros recursos en favor de Filipo, yo me presenté aquí y denuncié al traidor sin ningun espíritu de ódio ni malignidad, como despues lo justificó el acontecimiento. Yo no tuve que contender con los defensores de Neoptolemo, porque nadie se atrevió á defenderle, sino con vosotros mismos: porque si en vez de concurrir entónces, como lo hicísteis, á deliberar sobre los negocios públicos y la conservacion del Estado, hubiéseis asistido á los vanos espectáculos, habria sido imposible que nos escucháseis, ni á él con mayor interés, ni á mí con mayor repugnancia. Sin embargo, ninguno de vosotros ignora hoy que aquel hombre

hizo entónces un viaje al país de nuestros enemigos, so pretexto de cobrar en Macedonia la plata que se le debia, para volver con ella á librarse de sus cargas: sabeis que se quejaba incesantemente, incapaz de sufrir por mirarlo como cosa detestable, el que se tuviese como un crímen en algunos ir á cobrar sus deudas: sabeis, repito, que este hombre realizó los fondos que aquí poseía, para establecerse cerca de Filipo con toda su fortuna.

Estos dos hechos, justificados por el éxito, prueban la rectitud y sinceridad de los discursos que os dirijí en aquella época á vosotros. Voy á recordaros una tercera circunstancia para entrar en materia. Despues de la embajada en que mis colegas y yo habiamos recibido los juramentos por la paz, se os prometía de parte de Filipo que éste iba á restablecer á Tespias y á Platea, que conservaria á los fócios despues de haberlos sometido, que arruinaria la ciudad de Tébas, os haria devolver á Orope, y finalmente, que se os daria la Eubea en indemnizacion de Amphípolis; se os lisonjeaba entónces con frívolas y quiméricas esperanzas, que os determinaron á desamparar á los fócios, contra todo lo que parecian dictar el honor, la justicia y vuestros propios intereses. Yo entónces, sin ocultar ni disimular cosa alguna de las que pre-

veía, os anuncié netamente que ignoraba todas estas promesas del monarca, y que léjos de resolverme á darles crédito, me hallaba convencido de que se os estaba lisonjeando con vanas palabras.

Si, pues, en todos estos puntos he visto mejor que los otros, no será éste para mí un motivo de vanidad, no lo atribuiré á una singular penetracion. Dos causas por ventura son las que me han hecho más ilustrado y previsivo: tales son, en primer lugar, el favor de la fortuna cuyo poder es superior á toda la sabiduría humana, y á todos los esfuerzos del ingenio; y en segundo, esta incorruptibilidad con que juzgo y hablo de todo. No, no podrá demostrarse que un solo presente haya influido jamás sobre mis discursos ni mis procedimientos en la administracion; y por esto se me ha venido á ofrecer inmediatamente lo que en el curso de los negocios presenta mayores ventajas al Estado. Pero cuando ha recibido algun dinero el orador que pesa los intereses públicos, este dinero, que obra sobre su espíritu como un peso en la balanza, le precipita y atrae de tal manera, que ya no le es dado juzgar sanamente de las cosas.

Por lo demás, hé aquí mi dictámen en la presente coyuntura. Bien se quieran procurar fondos á la República, bien aliados ú otro género

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

de recursos, el primero de nuestros cuidados debe ser no romper la paz actual: no porque yo la crea muy ventajosa y digna de vosotros, sino porque cualquiera que ella sea, si no fué necesario que se hiciese, tampoco lo es romperla ahora que está ya hecha, puesto que dejamos escapar muchos objetos que hallándose entónces en nuestras manos, proporcionaban para la guerra más seguridad y medios de los que al presente pudiéramos tener.

En segundo, debemos precavernos de poner á los pueblos que componian la asamblea y se adornan con el título de Amphyctiones en la necesidad de atacarnos todos de concierto, ó á lo ménos es preciso no darles el menor pretexto para tal cosa. Si á fin de recobrar á Amphípolis, ó por alguna otra razon particular en que no tuviesen parte ni los tesalónicos, ni los argivos, ni los tebanos, entrásemos en nuevas diferencias con Filipo, entiendo que aquellos (y permítaseme decir que mucho ménos los últimos), no tomarian partido en la querella de este monarca; no porque abriguen las mejores intenciones respecto de Aténas; ni estén poco interesados en dar gusto á Filipo, sino por hallarse convencidos, á pesar de que se les crea muy estúpidos, de que entrando en guerra con los atenienses, tendrán que resentir todos los males de

ella, miéntras un tercero estará espiando y aprovechará por fin el momento de recoger todos sus frutos. No se expondrán por lo mismo ni ellos ni los demás á tomar las armas contra nosotros, á ménos que tengan todas las razones para tomar parte en la querella. Si llegásemos á estar en guerra con los tebanos por la ciudad de Orope ó por otro objeto semejante, nada tendriamos que temer de los demás griegos: porque ellos nos defenderian desde luego á nosotros ó á los tebanos, segun que los unos ó los otros fuésemos combatidos injustamente; pero no, si queriamos atacar. No se requiere pensar mucho para conocer que tal es el espíritu de las contederaciones, y que son así ellas necesariamente y por su misma naturaleza. Ningun pueblo lleva la benevolencia para con nosotros y los tebanos hasta el extremo de querer que una de dos potencias, no contenta con mantenerse, oprima á su rival: porque si todas por su propio interés aspiran á que ni unos ni otros seamos oprimidos, ninguna sufrirá nunca que seamos los señores y dominemos en la Grecia.

¿Qué es pues lo que hay que temer, y lo que ha de evitarse? Ministrar á los pueblos motivos de disgusto y un pretexto comun para marchar contra nosotros. Porque si los argivos, los mesenios y megalopolitanos, habitantes del Pelo-

poneso todos, y que tienen un mismo partido, están indispuestos contra nuestra República por haber solicitado nosotros la alianza de Lacedemonia, y parece nos prestamos á sus empresas, si los tebanos que, como se ha dicho, nos odian naturalmente, y más todavia porque recojemos á sus desterrados, y de mil maneras manifestamos respecto de ellos disposiciones poco favorables; si los tesalónicos quieren mal á nuestra ciudad porque recibió á los fugitivos de la Fócide, y Filipo porque se le disputa el título de Amphyction, temo que todas estas potencias animadas por un resentimiento particular, se liguen contra Aténas, so pretexto de defender los decretos amphyctiónicos; y que de este modo cada pueblo se vea, por una ligereza, arrastrado á declararnos la guerra contra su propio interés, como ha sucedido en las revoluciones de Fócide. No ignorais, segun creo, que los tebanos, tesalonicenses y Filipo, sin tener cada uno el mismo objeto principal, han concurrido todos al mismo fin. Los tebanos, por ejemplo, no pudieron evitar que Filipo, penetrando hasta las Termópilas, se apoderase de este tránsito, y que, sin embargo de haber venido el último, les arrebatase la gloria de sus trabajos: adquirieron muchas posesiones y perdieron el honor. Como no podian obtener lo que deseaban sino haciéndose este príncipe señor de las Termópilas, toleraron aunque con disgusto, que se apoderase de ellas, porque deseaban adquirir á Orcomenes y Coronea, lo que no podian á la verdad por sí mismos. Hay quienes pretendan que á fuerza, y no de grado, entregó á los tebanos Filipo aquellas dos ciudades, cosa que yo no puedo creer, porque sé que en todo esto no tuvo más objeto ni ambicionaba otra cosa Filipo, que apoderarse de las Termópilas, presidir á los juegos píticos y pasar á la Grecia, despues de haber concluido la guerra de la Fócide y arreglado la suerte de sus habitantes.

Es verdad que los tesalónicos, léjos de querer el engrandecimiento de los tebanos ni de Filipo, miraban á éste como perjudicial á sus negocios; mas como deseaban recobrar el derecho de tener voz y voto en la junta de los Amphyctiones, secundaron, para llegar á este fin, los proyectos del monarca. Así es que, arrastrado cada uno por su interés particular, obraron todos de concierto contra su gusto. Segun estas reflexiones, es evidente que no podremos observarnos demasiado.

Más ¡qué! ¿debemos acaso por una cobarde política dejar que se nos imponga la ley? Este es, se me dirá, vuestro consejo. No por cierto, atenienses: que bien léjos de pensar de esta ma-

nera, entiendo haber probado bastante que nada he dicho fuera de razon; y que, siguiendo mi dictámen, nada hareis indigno de vosotros, evitareis la guerra y dareis á todos los pueblos una grande opinion de vuestra sabiduría.

En cuanto á aquellos que poco inquietos por las consecuencias de la guerra, no temen adelantarse á decir que debemos desafiar todos sus azares, que escuchen este raciocinio. Dejamos á Orope á los tebanos; si se nos preguntase: ¿cuál es el verdadero motivo? es, diriamos, evitarnos el embarazo de la guerra. En virtud del tratado de paz, acabamos de ceder al rey de Macedonia la ciudad de Amphípolis: permitimos que los cardianos se separasen de los otros pueblos del Chersoneso; que el rey de Caria ocupase las islas de Chio, Cos y Rodas, que los bizantinos se lleven por el mar nuestros navíos. ¿Y por qué hemos hecho todo esto? Sin duda porque pensamos que nos es más útil gozar de la paz y del reposo, que suscitarnos enemigos y mover querellas por objetos semejantes. ¿No seria pues el colmo de la locura, que por un título vano y quimérico se os viese desafiar al mismo tiempo todas estas potencias, á vosotros, que temiendo ofenderlas á cada una en particular, sacrificais por lo comun intereses más caros y esenciales?"

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE LA COMPOSICION PRECEDENTE

Es muy grato para los amigos de la buena literatura ofrecer por la primera vez (1) á la expectacion pública una de aquellas composiciones insignes que más dieron á conocer el eminente patriotismo, la consumada política y los talentos superiores del primer orador del mundo.

Asustado este grande hombre de los males que inundarian á la República, si ésta interrumpia la paz de que entónces disfrutaba, reune los medios para persuadir á los atenienses la justicia de sus temores, y sube á la tribuna del pueblo, como lo tenia de costumbre, á fin de conseguir por el influjo de la elocuencia convertir á su verdadero objeto las miradas de los ciudadanos, y fijar el corazon inconstante y lijero de sus compatriotas, ofreciéndoles las inestimables ventajas de la paz.

Se introduce reprochándoles este defecto, prometiéndoles un buen resultado si secundan sus votos, y anunciándoles que contra su ordinaria

(1) En Morelia.